

A LAS DOCE EN PUNTO DE LA NOCHE

Rebuscando en la biblioteca de la memoria, situada en la mente de personas con años vividos al abrigo de nuestros pueblos, me encontré una trasnochada de domingo invernal, mientras consumíamos una ración de callos de cordero y “unas mahous”, a uno de los personajes de la siguiente historia por nombre Pedro, al calor de la estufa de paja de un bar en Villahermosa.

El acontecimiento a narrar en ningún momento fue decisivo en las vidas de los habitantes paisanos, sí para sus protagonistas a los que influyó en su relación entre ellos mismos y sus familiares.

Se quedó guardada en la estantería de mi memoria al lado de aquellos cuentos infantiles, narraciones históricas de grandes batallas estudiadas en la escuela, leyendas de grandes hombres intrépidos y anécdotas únicas recordadas, al amor de la lumbre, por el abuelo en el rincón.

Para el buen entendimiento de la aventura que les voy a contar y como aditamento, he necesitado informarme en los archivos eclesiásticos y sumergirme en documentos calificados de públicos.

Pasada a limpio mi investigación, la transmito:

-Existe una exhortación litúrgica publicada en la ciudad del Vaticano y llamada «Ad Campanae Sonitum Curandum».

-Por estudios concienzudos y confirmados se fecha a comienzos del siglo XVII.

Uno de los capítulos de tal exhortación explica la normativa de la Iglesia Católica para anunciar al pueblo las fiestas religiosas principales, ya sean patronales o propias del año litúrgico, llamadas a misa, avisos de incendios en el término municipal, comunicación de muerte o entierro de personas con distinción si es mayor o párvulo, etc.

Dedica un apartado especial para la normativa de repique de campanas en Vísperas de días señalados en el Calendario Litúrgico o con categoría de festivos particulares para los habitantes de ciudades, pueblos y aldeas.

Dada la idiosincrasia junto al orgullo de cada pueblo de nuestra España, hicieron que los músicos sacristanes trabajaran con denuedo en determinar los sonidos y plasmarlos en partituras para general conocimiento de los fieles.

La historia que nos compete se desarrolla en los años anteriores a la Guerra Civil Española. Sin poder aquilatar exhaustivamente el momento, después de pertinentes cálculos, utilizamos el arco de 1933-1935.

De todos es conocido que nuestro pueblo siempre se ha distinguido por el respeto, veneración y cariño a los familiares difuntos, por lo cual una de las fechas más llamativas es la festividad de los Fieles Difuntos, mundialmente celebrada el día dos de noviembre.

El toque de campanas aconsejado por la normativa vaticana fue la conocida como: “*Doblar las Campanas*” antes del día citado, o sea el día uno del mismo mes.

Al tratarse de una actividad de larga duración, (comenzaba con la oración conventual de vísperas en torno a las seis de la tarde y terminaba en el cambio de día, las doce en punto; de modo ininterrumpido había de efectuarse el tañer de las campas) se necesitaban varias personas, por lo cual en la presente historia se cuenta que acordaron juntarse varios amigos de buena reputación y conocidos del sacristán llamado Juan Andrés, activo ya esos años en menesteres parroquiales.

Los cuatro mozos intrépidos: Pedro, Paco, Pepe y Pablo de probada seriedad reconocida por los vecinos, harían sonar las campanas según mandaba el Vaticano. Fue

el acuerdo con el músico responsable y aprobado necesariamente por el cura párroco de aquel entonces.

Uno de ellos, Pepe, era ciego muy querido por el grupo de amigos, aunque bastante travieso y dado a las bromas, chanzas y demás actividades jocosas, eso sí, siempre sin malicia alguna. Aún sin proclamarlo, siempre que se juntaban los amigos estaban al quite de cualquier tropiezo que pudiera tener.

El lugar de toque de las campanas estaba situado en el segundo cuerpo de la torre de la iglesia parroquial, monumento arquitectónico de una belleza insuperable, datado a comienzos de siglo XVI, como cualquier villahermoseño sabe, a él se subía por una escalera, evidentemente de piedra de las llamadas de caracol. Aquí cambiaba la forma de la torre de cuadrada a octogonal.

Esa noche deberían utilizar solo las dos campanas mayores, ambas dan a la plaza, como es obvio; una emite el sonido hacia el sur y la otra al este, punto cardinal hacia el que se sitúa el altar mayor.

Las otras, una de ellas en dirección al cementerio, es decir hacia el norte, la otra al oeste, permanecerían silenciosas.

Colgaban las cuatro cuerdas conectadas a los badajos de las campanas en el centro del recinto.

Para cuando el reloj de la torre quiso dar la seis, ya estaban prestos los cuatros campaneros. Los sobresaltó el ruido interno que provocaba la maquinaria horaria situada justo en el piso superior al que estaban ellos.

Solo veían las pesas que movían la maquinaria: dos piedras de moliz de más de veinte kilos y sujetas por sendas maromas, se movieron sobre sus cabezas haciendo posible la función del reloj.

La última campanada hizo de enlace y comenzó el misterioso “doblar de campanas”, marcado ya por el ritmo de los jóvenes tañedores, “*tan... tan... tantán...; tan... tan... tantán...*” que terminaría a las doce y de nuevo con la última del reloj.

Frío negro llaman en nuestro lugar, que dicho sea de paso se ennegrecía más por la noche y el tema que nos ocupa, junto a la temperatura suficientemente baja, para conectar con las heladas del invierno, era el que reinaba esa noche terminando el día de Todos los Santos.

El viento entraba y salía por los ventanales que albergaban las campanas de bronce con un descaro propio del polo norte y silbido apaciguado por los golpes de los badajos.

Los tocadores de las campanas aprovechaban el descanso del relevo, para frotarse las manos y calentarlas en varios botes de tomate vacío utilizados otras veces.

Hacían realidad el proverbio en latín macarrónico que reza: “*Intellectus apertatus discurrit qui rapiat*”. En tales recipientes habían colocado sendas velas a modo de palmatorias, la chapa les servía de parapeto para mantener la llama encendida sin que el viento la apagara y a la vez transmitía un calorcito nada despreciable.

Las madres les habían preparado algo de comida para el momento de la cena, ellos por su cuenta se habían apercebido de unas botellas de vino, que, aunque bautizado y multiplicado con agua, en el caso que os ocupa procedente del Pozo Nuevo, los hacía sentirse hombrecillos lejos de la infancia, junto a los incipientes bigotes.

Incluso otro aportó la petaca de su abuelo heredada directamente de su antecesor con la que liar algún pitillo.

Habían pasado las diez, decidieron los dos que salían del relevo comer su parte de la cena, llevaban cuatro horas sin parar de tirar de las cuerdas y los estómagos reclamaron su propia puesta en marcha.

Se dieron cuenta de que en la perpendicular del saco con la merendera colgado a una altura prudencial, se había congregado un trío de ratones, retozando y dando carrerillas allá y acá acompañadas de saltos inútiles, las piedras de las paredes tan lisas impedían escalarlas, para la consecución del queso guardado más arriba.

El refrán tan repetido al acercarse estas fechas: «*La noche de los finados andan los muertos por los tejados*» se hacía presente en la memoria de Paco uno de los encargados de hacer sonar las campanas; en los relevos se asomaba por las ventanas una tras otra, orientadas a los cuatro puntos cardinales, como consta más arriba.

La oscuridad de la noche era total, apaciguada en el suelo por los entornos de las bombillas con tulipa para la proyección del haz de luz hacia abajo. Arriba en lo alto del cielo tan liso como un panderero brillaba la luna junto a millares de estrellas.

Al mirar por la ventana que da al norte le dio un volquinazo el cuerpo; allá abajo como a cien metros del pie de la torre, sobre un tejado, ondulaba la capa de algún finado. Quiso gritar, pero ya no era un niño asustadizo, aguzó la vista y se tranquilizó al observar con algo de serenidad, pero con todos los nervios de punta, que se trataba de la cortina de un pajar removida por el viento.

En su mente de humano púber se asomó la tentación erótica: Es posible que algún enamorado está haciendo una visita nocturna a su amada, con las prisas se le ha olvidado volver a enganchar la cortina en los cáncamos oportunos.

Necesitaron limpiar el polvo del banco viejo que serviría para sentarse y cenar. Sacaron sus navajas y abrieron la talega de la merienda: un pan de cruz de kilo, una buena “*astilla*” de queso curado y un trozo de dulce natural de membrillo de la cosecha de hogao envuelto en un pliego de plexiglás.

Los bigotes se movían a mayor ritmo, que el cansino sonar de las campanadas forzadas por los compañeros, cuando ellos terminaran comerían los otros dos. El bajón en el pan y el queso fue notable mediada la pitanza.

La sensación de hambre en los estómagos y el temor a quedarse sin la cena hizo que los tiradores de badajos cesaran en su faena, para arrimarse unos instantes a dar un bocado al pan con queso y continuar inmediatamente con la obligación.

No llegaba el momento para reemplazarlos. Por más que pedían el cambio; los comensales, concentrados en su labor manducatoria no se sentían aludidos.

—¿Quién se va a enterar si dejamos de tocar unos minutos mientras tomamos otro bocado? —interrogó uno de los tocadores al compañero.

—Nadie. La gente debe estar en su casa encerrada o durmiendo a pierna suelta —fue la respuesta—. Enseguida volvemos y nos reenganchamos.

Dicho y hecho. Soltaron a la vez las sogas que quedaron serpenteando a semejanza de las culebras en un sembrado.

Dos mordiscos al pan y vuelta a tirar de la soga, así varias veces, hasta que el olor del vino y la comida los enfrascó a los cuatro en la degustación del contenido de la talega, olvidando el compromiso que los había llevado hasta allí.

Los ratones, por su parte, ya habían perdido la vergüenza y el miedo primero, con veloces movimientos se zampaban las migas caídas de las manos de los comensales; a los primeros se había unido alguno más mayor con gran alopecia en el lomo, de tal modo que mostraba los canalillos entre costillas hasta llegar al rabo también falto de protección de vello.

Se alargó más de lo necesario el refrigerio a causa de los morreos con la primera botella de vino, a lo que se unió la invitación de Pablo sacando la petaca heredada del abuelo:

—¿Quién es el valiente que se atreve a liar y fumarse un pitillo?

—Yo. El menda. Yo también —saltaron las respuestas de las tres bocas, alguna de ellas todavía masticando el último trozo de pan.

—A Pepe, como no ve, le lio yo su cigarro —se adelantó Pedro, su mejor amigo.

—Te lo agradezco en el alma, amigo Perico, pero no hace falta. Puedo daros una clase a todos de cómo liar uno sin ver, ayudándome solo del tacto y del oído, —respondió el aludido con tono rozando el orgullo y sin faltarle su sonrisa bonachona—. Acércame la petaca y el librillo de papel y veréis.

Pablo le alargó la petaca al ciego con gesto de incredulidad, este la palpó por arriba, por abajo, los laterales y con movimiento seguro separó la tapa del estuche tabaquero, dejó la parte de arriba sobre el banco a su derecha. Introdujo los dedos pulgar e índice de la mano derecha en la parte contenedora de tabaco, para calcular la cantidad. Con pulso de bordadora sacó el tabaco exacto para un cigarrillo. Recogió la tapa de la petaca, la encajó y se la alargó a Pablo, adivinando perfectamente donde estaba el amigo. En el cuenco de su mano izquierda reposaba el material, al que desmenuzó con movimientos suaves, copiando fielmente el modo de los fumadores del pueblo.

—Necesito el librillo de papel —pidió concentrado en su tarea.

De nuevo Pablo fue el ayudante, puesto que era el poseedor de las materias primas fumadoras.

Pepe lo tomó y como si lo viera en la realidad, levantó la solapa y utilizando de nuevo los dedos índice y pulgar derechos tomó un finísimo papel. Sobre él volcó el tabaco desmenuzado, hay que reconocer que algunas partículas, pocas, cayeron al suelo.

En un instante extendió a lo largo del papel el tabaco, relió el cigarrillo y pasando la punta de la lengua por la parte de la pega, lo ajustó perfectamente y retorció las puntas del pitillo. Lo palpó unos segundos y lo mostró a los compañeros.

—¿Qué me decís cómo ha quedado?

—Si no lo veo no lo creo —dijo Pedro con toda la sorpresa que le cabía en los ojos—, te ha quedado perfecto.

Los tres respondieron con un aplauso. Durante toda su amistad habían visto hacer a Pepe cosas en las que habían dudado de su ceguera, pero esta superaba la experiencia.

Algunas de las que ya estaban acostumbrados era verlo saltar a la comba, sin trabarse la sogla en los pies, ajustando el salto en el instante en que la cuerda tocaba el suelo.

La que superaba a todas era adivinar por el olor qué chico de su vecindad se acercaba. Desde luego reconocer por el sonido situaciones o voces de personas era algo usual en su compañía.

—¿Quién lo quiere? —preguntó el fabricante de pitillos— porque yo no fumo, no me gusta.

Tres respondieron que ellos. Sin embargo haciendo justicia el ciego se lo entregó a Pablo concluyendo que la idea del fumeteo había sido suya.

—Creo que se lo debo dar a Pablo porque ha sido él el proveedor de los apechusques.

El resto, uno tras otro fue fabricando su correspondiente pitillo, algunos demasiado “*folletos*”, hubo que recubrirlos con un nuevo papel ante de que se encendieran. A los cinco minutos quedó suspendida en el aire una nube de humo por encima de sus cabezas. Toses, angustias, mal cuerpo, ojos llorosos..., el tabaco era del que llaman “Verde”, había sufrido escasos procesos en la producción y lo soportaban antiguamente solo los muy acostumbrados.

Fuera, la luna se escondió detrás de unas nubes. Las gotas de una incipiente tormenta golpeaban los tejados a modo de concierto desafinado entre las tejas de barro, las chapas de las puertas o las uralitas de los pajares.

Amainó el viento quedándose en silbidos penetrantes y agudos. Sonando a la altura de la cúpula de la torre, parecía a un órgano de tubos mal afinado rugiendo a destiempo.

Más de uno de los tocadores maldecía en su cabeza la hora en que decidió aventurarse a esta andanza, pero ya se imponía concluir con lo acordado y aguantar hasta la llegada de la hora prevista, las doce de la noche.

La euforia de la comida y el vino los llevó a reír, cantar, contar chistes...; evidente, como una reunión de amigos; por las apariencias, eso era.

Uno de ellos mareado por los efectos del vinillo intentaba pisar el rabo de los ratones. Cuando su pie daba el zapatazo, el roedor se había marchado con viento fresco y nunca mejor traída la muletilla.

Fue Pepe quien, palpando a los tres compañeros, y haciendo oído, comenzó a azorarse, porque sus sentidos no le habían avisado de la presencia de otras personas para ayudarlos; preguntó con voz aterrorizada:

—¿Quién está tocando las campanas? Porque, aunque no os veo, percibo que estamos aquí juntos los cuatro. O ¿Me equivoco?

Los ojos de los tres a la vez miraron las cuerdas verticales y quietas, no había manos tirando de ellas. Los seis ojos repasaron la presencia y confirmaron que los cuatro permanecían sentados en el banco.

Pero..., pero... las campanas seguían tañendo el sonido mortuorio de noche de difuntos: "*tan... tan... tantán...; tan... tan... tantán...*"

Nadie tiraba de las sogas que subían y bajaban según la presión del badajo contra el vaso de la campana.

Corrieron los ojos desorbitados de los compañeros de uno a otro y de otro a los tres restantes. Sin ponerse de acuerdo verbalmente, se lanzaron escaleras abajo profiriendo gritos y maldiciones en idiomas todavía no inventados.

Ninguno se preocupó de recoger los restos de la cena, ni las botellas de vino, ni apagar las velas en los botes de tomate. Los cigarros saltaron por los aires.

Nadie pudo orientar a Pepe a bajar, porque, cuando quisieron reaccionar, él ya estaba escaleras abajo a la velocidad del rayo, las había subido y bajado infinidad de veces cuando era niño y se las conocía mejor que si tuviera vista, además no necesitaba iluminación como los colegas.

Ya en la parte baja y en la nave de la iglesia decidieron refugiarse en el último cuartucho de la sacristía, donde se guardaban candelabros viejos, utensilios de limpieza e infinidad de trastos viejos e inútiles. Los que habían sido monaguillos lo conocían bien, porque ellos lo usaban para desaparecer cuando jugaban al escondite.

Apretujados y abrazados, temblando de miedo permanecieron un tiempo que les resultó infinito.

Tal era el espanto, que no acertaban a emitir palabra alguna. Pepe solo oía respiraciones entrecortadas y suspiros a la vez que su sentido del tacto le comunicaba el temblor de los cuerpos.

Sin embargo, hasta los oídos de los cuatro continuaban llegando nítidos los sonidos de las campanas tañendo a recuerdo de difuntos. Se trataba de un milagro o de algún alma salida del inframundo, como habían visto en las películas de miedo que proyectaban en el cine de Ángel o Rebulle los domingos y en la feria.

Se silenciaron a las doce en punto de la noche, como si algún invisible director de orquesta diera la orden de cortar de modo tajante, hora cero en la que comenzaba el siguiente día: el de los Fieles Difuntos.

Cuando el sacristán abrió la iglesia, para la misa matutina, la primera de las tres que los sacerdote estaban obligados a celebrar en esta festividad, a poco estuvo de ser arrollado por las carreras de los tocadores nocturnos de campanas, convertidos en coches de competición hacia la meta, que era la plaza.

Por más gritos y llamadas del funcionario de la parroquia, ninguno obedeció.

Tampoco aparecieron a la hora fijada, para que el cura les embolsase la paga acordada.

Ninguno de ellos contó nada en casa ni al resto de amigos, los tomarían por miedicas o chiflados. Se trataba de una decisión tácita de los cuatro, el resto de gente del pueblo no necesitaba saber ni media.

Los días posteriores a la “experiencia” (era el nombre clave que le habían dado al trance de la noche de difuntos para entenderse entre los cuatro) se juntaban al atardecer en algún rincón, que disimulara sus comentarios, para preguntarse cómo estaban y si se les iba pasando el miedo.

—Nictofobia. Se llama nictofobia —era Pedro el portador de la información en una de aquellas reuniones secretas— además lo tengo apuntado en papel, para que no se me olvide.

—¿Qué significa esa palabra tan rara? Suena a las expresiones que usa el médico cuando uno está enfermo. A mí una vez me dijo que tenía amigdalitis, me asusté mucho y luego era que se me habían hinchado las anginas —intervino Pablo interesado.

—Deriva de un idioma que se llama Griego y significa miedo a la oscuridad o a la noche. La gente que la padece tiene que llevar una linterna o una vela cuando se oscurece para consolarse un poco.

Se oyó una carcajada escandalosa en el grupo. Era Pepe. Cuando pudo calmarse dio la explicación de su jolgorio.

—Pues yo debería llevar siempre unos focos de coche. Siempre estoy a oscuras.

Rieron todos con él. Qué gran amigo y persona. Era capaz de superar su falta tan grave e incluso reírse de ella. Qué capacidad de lucha tenía dentro de sí y cuantas lecciones daba, sin poder leer libros, al resto de compañeros.

—Le he comentado a un vecino, que es muy listo y tiene muchos libros en su casa, que si cuando sea mayor y me alisten para la mili me darían “*el no apto*”, porque tengo miedo a la oscuridad desde la “experiencia”, pero esto último no se lo dije, claro. Y el me dio una respuesta incompleta, me aclaró lo que me pasa, pero no me aseguró que me libraría de ir al ejército.

Transcurrió mucho tiempo y el silencio en las bocas de los cuatro acalló la narración del suceso vivido aquella noche. Algunos marcharon a otras regiones buscando trabajo y una vida mejor para la familia por crear.

La “experiencia” se guardó en una carcomida estantería de sus memorias, arrinconada junto al olvido y los “no me acuerdo” fraguados por la vejez. A pesar del tiempo transcurrido permanecía latente. Podríamos decir que en el almacén del inconsciente ayudó a los cuatro, enriqueciendo su amistad y confianza.

A los muchos años, Paco ya anciano y en el lecho de muerte, aprovechando uno de sus desvelos, producido justo a las doce de la noche del día de Todos los Santos, pidió a su mujer, abogando a su última voluntad, que no doblasen las campanas cuando él muriera ni para avisar de su “agonía” ni para anunciar el momento de su entierro.

La razón argumentativa fue que tal deseo era una promesa que había hecho a Todos los Santos, para volver sano del servicio militar sufrido en África.

Llegado el momento de la defunción los familiares de Paco cumplieron los deseos manifestados en su momento. Con fuertes críticas del párroco que de ningún modo aceptaba la decisión, porque siempre tuvo una alta estima del finado al que calificaba de buen cristiano y excelente persona, nunca lo hubiera calificado de pagano, como las apariencias manifestaban.

Tampoco faltaban las reprobaciones y elucubraciones por parte del vecindario en los que se llegaba a decir que si pertenecía a alguna banda secreta, que como había sido albañil unos años en Francia se había hecho masón, que si había perdido la cabeza por la enfermedad..., y otras mil ocurrencias todas sin sentido.

Los tres amigos restantes quisieron "*subirlo al cielo*", expresión altisonante e irrespetuosa llamaban los clérigos, en los pueblos del Campo de Montiel. En realidad se trataba de tomar unas cervezas recordando anécdotas y situaciones vividas con el ya difunto.

El contraste llevaba a producir "*nudos en la garganta*" (así llamamos por aquí al momento en que te acongoja lo que vives o recuerdas) con las evocaciones de tiempos coexistidos y celebrados juntos.

Por decisión unánime de los tres amigos, para librar sus conciencias de pesadumbres decidieron visitar a la familia de Paco para subsanar la buena fama del que fue compañero de andanzas, los malentendidos de algunos y las malas intenciones de los menos.

Tres ancianos recordando la noche de difuntos, el tañer de las campanas, las diversiones del comienzo de su juventud y por encima de todo la amistad fiel de cuatro chicos calduchos que se abrían a la vida...

FIN